

ANRUBIA, E.: *La herida y la súplica. Filosofía sobre el consuelo*. Sevilla: Thémata Editorial, 2013. 139 páginas. ISBN: 978-84-941231-1-5

Pablo Iglesias Valdés
Universidad de Sevilla (España)

Enrique Anrubia, Doctor en Antropología por la Universidad Católica de Murcia, vuelve a retomar de la mano de este estudio, una serie de temas que desde siempre han formado parte del interés de toda sociedad, ya que dichos temas no son otros que aquellos que afectan plenamente a todos los ámbitos de lo humano: el cuerpo, la memoria, la vida, el consuelo o la muerte entre otros. Temas e ideas, que si bien están relacionados claramente con la estética, en ciertas partes del libro aparecen más incardinados y centrados en los ámbitos de la moral o la religión. A modo general, la obra trata un conjunto de temas que se relacionan, pero que no mantienen una cohesión absoluta con la que conseguir mantener un hilo argumental completamente unido. Quizás por ello convendría tras la lectura del libro, hacerse las siguientes preguntas con respecto a la conclusión final de la obra. Primero, si ésta se deduce a partir de todo el contenido anterior presentado a largo de la obra, y por consiguiente; si no está determinada la originalidad o no originalidad de la conclusión de nuestra obra con la cohesión entre las ideas expuestas.

El autor nos muestra como tras una caída existencial, en esa situación de toque del abismo por parte del ser humano, éste, más que dejarse llevar a una ruptura completa con lo racional, lo que más desea es un mayor desarrollo de la razón, pues necesita conocer en las profundidades en la que se encuentra. Y es en ese momento cuando se hace presente el *cómo la obra de arte testimonia* la ruptura de un hombre con su propia existencia. Nuestra búsqueda de cuál es el nexo entre el arte, el dolor y la muerte.

Este recorrido de investigación se produce mediante la recuperación de ciertas obras de arte, que en muchos casos actúan como ejemplo de narración de los hechos fácticos discutidos, como son la enfermedad o la locura: *La niña enferma* (1885-1886) o *El grito* (1893), ambos de Edvard Munch, entre otras. Desde nuestro punto de vista, puede encaminarnos a un problema en ciertas

ocasiones quedarnos en ese aspecto narrativo o ilustrativo, sobre todo si nos hemos propuesto ciertas premisas y objetivos estéticos. La interpretación narrativo-representativa del arte, sobre todo en pintura, produce unos efectos que son capaces de convertir la interpretación de una obra en una realidad incompleta, que deforma y deshace su auténtica proposición. Tanto la materialidad plástica (el estudio de la pintura misma), como sus sensaciones quedan sepultadas debajo de tanta historia y narración. Francis Bacon lleva sesenta años siendo denominado «el pintor del horror» o «el pintor del sufrimiento», a pesar de haber negado tal intención constantemente, y haber argumentado por su parte verdaderos intereses. Por lo tanto, no sólo se trata de una situación empírica determinada, pues eso ya lo haría el fotógrafo, sino que se quiere mostrar algo sobre la vida, una característica esencial de la existencia a la cual el artista accede a través de una vivencia determinada; y en nuestra opinión es aquí donde más deberíamos ahondar. Pues «el arte tiene indudablemente mucho que ver con la vida, pero no se puede reducir a ella» (p. 27).

Anrubia insiste en la importancia de ciertos conceptos que se encaminan muy acertadamente para nuestra búsqueda filosófica. Uno de ellos es el *cuero*, ya que como él mismo nos muestra, es éste y no otro, el único lugar de enfermedad y muerte, y lo hace a través de esos textos de Aristóteles o Descartes que desde siempre nos han acompañado. O el *silencio*, como forma de estar en el mundo por parte de un existente que muestra su mensaje a través de este medio sonoramente omitido; el silencio como respuesta no oral que intensifica el sentir. Y además, más allá, después de todo esto: la *música*. O el *consuelo* hacia el otro como forma de apropiación del mal ajeno, que es el cómo establecer la relación del dolor de forma bilateral, uniendo al sufriente y al que lo compadece a través de una correspondencia que une dolor físico y dolor psíquico.

De nuevo se nos muestra que existe la posibilidad de superar la enfermedad y la muerte, de soslayarlas y llegar a un pequeño resquicio, el ámbito artístico, desde el que constituir un *espacio* de verdad, más allá de la enfermedad y la muerte. Desde el arte, ubicados en ese ámbito oscuro, doblegar al enemigo y crear. Con una forma de mirar el dolor en la que evidentemente no quedan ya descartados ni la belleza, ni el bien, ni la vida.